

Amadísimos fieles

Son muchos los motivos y muy poderosos los que nos inducen a celebrar este Día del Papa y a rendirle nuestro homenaje de adhesión y de amor. Todos aquellos que no han perdido los instintos humanos, todos aquellos que no han perdido el instinto de la propia conservación que es el instinto que último se pierde, tienen que solidarizarse con ese anciano, con cayado de pastor y corazón de padre, que llora, sufre al ver la humanidad desgarrada, despedazada, sometida a las mayores pruebas de dolor y hasta de hambre, no porque el Padre común de los cielos nos niegue el pan de cada día, sino porque los hombres nos quitamos unos a otros lo que sobreabundantemente nos da El.

He dicho que hoy todos los que no han perdido el instinto de conservación se tienen que agrupar en torno a la figura venerable, atrayente de ese anciano de vestidos blancos, de sonrisa abierta, de mirada benevola, de expresión paternal, de palabra dulce, de corazón bondadoso... ante ese PADRE de la HUMANIDAD dolorida que a nadie condena, a nadie maldice, a nadie, a nadie ~~le~~ le niega su amor y su cariño, ante ese otro Cristo en la tierra, a quien tanto debe la humanidad y hoy debe aclamarle por su Rey como aquellas turbas de Palestina aclamaron un día a Cristo. Y todos debemos unirnos a El porque él es la única posibilidad de paz, él es la única garantía de una paz justa. Esa PAZ que todos anhelamos no la van a traer las espadas, no la van a traer las espadas que desgarran y matan porque en su surco dejan depositada la semilla de la discordia, del odio y del rencor, no la van a traer los hombres que de la ambición y de la fuerza han hecho su derecho y su ley.

La confianza que en todas partes va despertando ese venerable anciano de Roma, el prestigio que en todas partes, países cristianos y no cristianos va adquiriendo el Pontificado, la absoluta imparcialidad con que enjuicia los acontecimientos, su postura prudente frente a los beligerantes de ambos bandos... son señales y síntomas consoladoras aun cuando no se vea ningún horizonte despejado, son síntomas que nos hacen esperar o nos dan derecho a esperar que los hombres que se hastien de sus gobernantes, los pueblos, cegados hoy, que descubran el fraude de que han sido víctimas por sus ambiciosos Jefes que los han sumido en la miseria material y moral, terminaran por volver los ojos al Papa y acabaran por oír definitivamente su voz, su voz que desde que Lutero levantó contra el Pontificado su grito de rebelión, no ha encontrado el eco que debiera encontrar no siquiera en el pueblo cristiano, que inficionado por los principios de la Reforma muchas veces ha hecho, para excusarse de seguir sus voz sutiles distinciones, que no están nunca bien bocas cristianas.

Este desastre, esta catastrofe acaso sin precedentes en la historia de la humanidad, esta sepultando o arrojando a la humanidad a un abismo de dolor, que acaso en los designios providenciales sirva para purificarnos y adentrarnos a los que en el progreso, en la técnica, en la ciencia habíamos descubierto el sustitutivo de Dios y a su amparo nos íbamos emancipándonos de El. Habíamos llegado a sentir el afán de llegar a ser dioses, de bastarnos a nosotros mismos y de podernos gobernar desentendiéndonos de toda otra autoridad sobrehumana... y ahora estamos palpando cual es el gobierno y la providencia del hombre que no tiene sobre sí nada que temer, del hombre que al no reconocer a nadie por encima de sí mismo se tiene que erigir en centro del mundo y dar paso al régimen del egoísmo y de la tiranía y de la explotación del hombre por el hombre de las más diversas formas, en nombre del capital o en nombre de la autoridad, sobretexto de bien común o privado.

Los verdaderos intereses de la sociedad y del hombre siempre han encontrado su mejor defensor en el que encarna en la tierra esa autoridad sobrenatural, esa autoridad divina, en el Vicario de Jesucristo, en el Papa. Muchas veces en la historia ha hecho el Pontífice ~~el papel de salvador~~ el papel de salvador y libra a la humanidad de enormes desastres. No ha habido régimen en el mundo que haya prestado a la humanidad servicios tan inmensos como el Pontificado. No es esta una afirmación que la hacemos sin más ni más. Es una afirmación que la podemos probar con las páginas de la Historia del mundo civilizado en estos veinte siglos. Repito: no hay régimen que haya prestado a la humanidad tantos servicios como el Pontificado. El amor al hombre no es cosa del hombre si no se lo inspira Dios. La Iglesia de Dios es la Madre del hombre y el Vicario de Cristo es el tutor de la humana sociedad. El Santo Padre ha asegurado muchas veces en la historia la salvación de la vida civilizada, lo mismo cuando moderaba el empuje de los bárbaros sobre las ruinas del Imperio Romano que cuando orientaba el nacimiento de las nuevas sociedades o naciones o contenía el ímpetu del Islam. La defensa contra el protestantismo libro a Europa, incluso a los países que se entregaron a la herejía, de los gérmenes más peligrosos de la descomposición social, visibles en los desafueros de los anabaptistas y de otras sectas. Roma se ha opuesto firmemente a las revoluciones de la plebe aunque tuvieran la fuerza de la revolución

francesa y ha contrastado las ambiciones de los tiranos, así se llaman Napoleón....

El orden social, cristiano quiere decir autoridad sin tiranía, libertad sin libertinaje, obediencia sin degradación. La política y la economía puestos al servicio del hombre y el hombre al servicio de Dios. Y entre los hombres como su mayor bien la paz y la justicia de la caridad. Nuestra santa religión tal que pesara a Nietzsche es efectivamente la religión de los pobres, de los débiles y de los esclavos. Nuestra religión es la que abolió la esclavitud y creó los primeros asilos y orfanotrofos, la que elevó a la mujer y extinguió las castas, la que predicó y realizó de un modo cierto la igualdad de todos los hombres ante Dios. Los mayores filósofos paganos defendían la esclavitud como necesidad natural y predicaban la supresión de los niños y de las niñas defectuosas. Llamaban democracia al gobierno de una ~~clase~~ casta y consideraban sabiduría política las mayores aberraciones sociales.

La Iglesia hizo frente al paganismo - esa fuerza oscura que reside permanentemente en el alma de las colectividades - y dió vida a la sociedad cristiana en los siglos mejores de la edad media. El supremo moderador de esa sociedad fue el Papa, Vicario de ese Cristo que realente es Rey.

También ahora la sociedad cristiana está tutelada por el Papa, tanto en los aspectos políticos como en los propiamente sociales, dando a este último término su acepción corriente, aunque no la más justa. El magisterio de Roma se deja oír cada día, en alocuciones y encíclicas, amonestando y urgiendo sobre la vida familiar, las cuestiones obreras, los problemas pedagógicos y las doctrinas políticas. La voz del Papa trae el eco de sus doscientos sesenta y uno predecesores y el viento del Espíritu Santo sobre el mundo. Es el pregon del reino de Cristo. Hoy una vez más se encuentra el Papa conteniendo por una parte el impetu de las pasiones humanas predicando y enseñando y recordando los deberes humanitarios a los bandos beligerantes. Hoy una vez más se opone el Papa a esas concepciones extremistas de la política que olvidándose de su misión y de su función privada al hombre de la libertad y de su dignidad al sacrificarle en aras de ideales que no merecen la pena de tales sacrificios. Hoy una vez más se opone el Papa a los extremismos sociales que amenazan arrasar la sociedad, enseñándoles que la justicia - esa justicia que ellos muchas veces reclaman con motivo, esa justicia descarnada, esa justicia que hiere y mata no puede traer el equilibrio y la paz a la humanidad. Hoy la única fuerza capaz de sacar al mundo y a la humanidad de esa postración en que le sume esta nueva barbarie política y social es el Papa.

Todos y, en especial los cristianos tenemos graves obligaciones para en estos momentos críticos respecto de nuestro Papa.